

amoroso pecho. Inmóvil, como un viajero á quien sorprende una fuerte tempestad en el desierto, detiene el grito próximo á escaparse, y queda con los brazos levantados. Raquel se acerca con los ojos bajos, y guardando un profundo silencio. Hija mia, le dice Abdias, este es el mejor dia de tu vida: el virtuoso Eliezer, el hijo heredero del Sumo Sacerdote te pide para esposa. Su hermano, que tienes presente, viene á recibir nuestros juramentos; préstaselo, como yo he hecho y da gracias a l Señor porque se digna honrar con esta alianza tu juventud y mis canas.

A estas palabras Raquel alza la cabeza, y da una mirada tímida al hermano de su esposo.... lo reconoce.... y da un grito: su cabeza se inclina al instante: una mortal palidez cubre su semblante, sus rodillas tiemblan, no pueden resistir al peso de su cuerpo, y cae en los brazos de su padre sin color ni movimiento.

Neftalí se da prisa á socorrerla. Abdias logra volverla en sí. Raquel recobra pronto sus sentidos, y se esfuerza en tranquilizar á su padre fingiendo que el mal que ha padecido es por causa de la sed, por lo que pide á Neftalí, mirándolo con atencion, que le traiga con que calmarla: Neftalí que comprende lo que quiere

darle á entender, llena de agua cristalina un vaso de madera, y con la cabeza baja y una mano trémula se lo ofrece: Raquel apénas lo prueba se da prisa á volvérselo; y dirigiéndose despues á su padre le dice en voz baja: Vos, ¡oh padre miol me habeis dado al hijo de Sadoc y debo obedeceros. Mi corazon estará siempre pronto á acompañar en cualquier tiempo mi mano, siempre que el hermano de Eliezer me asegure por sí mismo que es para llamarme hermana para lo que ha venido hasta este parage.

Raquel acompañó estas palabras, que se dirigian á Neftalí, con una mirada llena de amor; al mismo tiempo que de severidad. ¡Oh qué impresion hizo en el alma del jóven esta terrible mirada! ¡Cuánto padeció en un solo momento! Pero la amistad sostuvo la virtud. Sí, le dijo con un tono que denotaba su conmocion, sí, mi hermano os ama con exceso; su felicidad, su destino y su vida dependen únicamente de obteneros. Yo he deseado y solicitado la comision de venir á cercioraros de sus promesas y yo de rodillas reitero mi viva y tímida súplica.

Neftalí pronuncia con rapidez las últimas palabras, temeroso de que le falte tiempo para acabarlas, y se echa á los piés de Raquel, pero se-

parando de ella su vista. Entónces ya cree que su alma está ménos oprimida; y contento de haber cumplido con su deber, y de haber sido fiel á su hermano, le parece que ya no le aflijen sus males, y espera la respuesta de Raquel.

Esta lo escucha, y muda mil colores en un momento: se aleja de Neftalí, le hace señas para que se levante, y acercándose á su padre: estoy satisfecha, le dice, yo acepto por esposo á Eliezer; pero os pido que me permitais ir á emplear lo que qué queda de día en despedirme de mis compañeras; yo las amo, y amo este paraje en que he nacido y sido mucho tiempo feliz: es menester dejarlo mañana y el enviado de Eliezer no se admirará de mi llanto: y concluyendo estas palabras sale con pasos precipitados.

Su padre procura disculparla con Neftalí, que por desgracia tenia precision de ocultar sus lágrimas; este responde hablando sobre su hermano, sobre el respeto, el cuidado y amor de que la hermosa Raquel va á ser el objeto, con lo que consigue distraer á Abdias, y que no conozca su turbacion.

Ya la noche habia tendido su negro manto cuando volvió Raquel. La serenidad estaba

pintada en su rostro: ya llamaba á Neftalí su hermano; y procurando llenar con él todos los deberes que le imponia la hospitalidad, prepara pieles de cordero para que descansen aquella noche, dispone el festin, cubre la mesa de flores, se sienta inmediata al hebreo, y le ofrece el lomo del cabrito. Abdias alborozado, mira con una agradable sonrisa á su hija que por sí sola anima la mesa. Neftalí no se atreve á mirarla y Raquel sin incomodarlo con sus preguntas, abrevia y concluye este rato para retirarse á dormir.

El siguiente dia al salir el sol ya estaba dispuesta en camino; su padre quiere acompañarla, y Neftalí da mil gracias á Dios por esta determinacion. Raquel, adornada con las alhajas de oro que Sadoe le habia enviado, monta en el animal paciente, cuyas riendas lleva Neftalí, y Abdias á su lado le sirve de guia.

Neftalí marchaba con la cabeza inclinada, sin atreverse siquiera á dar una mirada á la que conducia. Raquel, que reparaba en él, se esforzaba en creer que jamás la habia amado, y que el hecho de haberle salvado la vida fué por piedad; que él mismo habia sollicitado la bárbara comision de venir á pedirla á su padre para otro, y que la melancolía que se le notaba no

era más que afecto de su carácter. Después de hacer todas estas reflexiones, tenía un cierto disgusto, que ella graduaba de aborrecimiento, de lo que se aplaudía su corazón, exhortándose y prometiéndose el aborrecer todavía más á este desdeñoso; más, á pesar de estos propósitos, se aprovechaba de la situación del joven hebreo para mirarlo sin cesar: con mucho trabajo lograba separar su vista de él; pero al instante tenía que reprenderse de haberla vuelto á poner en el mismo objeto.

Abdias, muy práctico en los caminos más cortos para ir á Silo, tomó uno diferente del que el día anterior había traído Neftalí, por lo que atravesaron una gran llanura en que había algunas palmas: se acercan á los montes de Efrain, y llegan como á la hora tercera al pié de las rocas de Remmon. Neftalí que sigue á Abdias sin reparar en el parage por donde va, sube detras de él por una vereda estrecha, tortuosa y erizadas con zarzas: lo malo del camino, y el continuo cuidado para evitar á Raquel los malos pasos, separan de él por algun tiempo sus dolorosos pensamientos. Después de una larga y penosa marcha llega cubierto de sudor á lo más alto de estas rocas desiertas, y allí estendiéndole su vista reconoce Neftalí el parage en que im-

ploró Raquel su socorro: se para sin poderlo remediar; todo él tiembla, y por un movimiento involuntario mira á Raquel; esta, que esperaba una mirada así, no pudo sufrirla con indiferencia; inclina la cabeza sobre el pecho, y oculta con ambas manos las lágrimas que derrama. Neftalí conoce que sus rodillas le flaquean; se apoya contra una roca, y el viejo Abdias corre á socorrerlo. Descanemos, le dice, hijo mio; estamos en la mitad del camino; sentémonos un momento. Abdias, al decir esto, tiende los brazos á su hija, y la apea, y la lleva á donde está Neftalí; la pone inmediata á este, y él tambien se sienta cerca de ambos.

Después de un largo y triste silencio, Abdias que queria cortarlo, pregunta al hijo de Sadoc en que tiempo y ocacion habia conocido Eliezer á Raquel: Neftalí le cuenta entónces que ella habia ido al Tabernáculo, y que su hermano ofreció en su nombre el sacrificio de dos palomas y un cordero que presentaba Raquel al Señor pidiendo que curase á su padre. ¡A mi! exclamó Abdias, dirigiendose á su hija: ¿qué vanos celos te hacian temer de mis dias? Estos no han peligrado por qué pues me ocultaste tu viaje? ¿por qué tu piedad filial no instruyó á tu padre de los votos que te merecia? Os engañan

le respondió Raquel; este sacrificio no era por vos. La víspera del mismo día del sacrificio, viéndome perseguida de unos Moabitas, me hallé perdida en estas espantosas rocas, y me libté de la muerte por los socorros de un joven cazador, á quien dejé moribundo despues que el me dió la vida. No tardé en volver á buscarlo, y ya no lo encontré; inquieta por su suerte, y temerosa de que no habiese caído en manos de nuestros enemigos, sali al día siguiente, al principio de la noche para llevar esta corta ofrenda á la casa del Señor, y pedirle que libertase de todo riesgo al jóven generoso á quien debía la vida. Eliezer pidió por mi padre y yo pedí por mi bienhechor.

Raquel no pudo ménos de llenarse de rubor al hacer esta declaracion; y Neftalí, fuera de sí, esclama: ¡Oh cielo?... ¡qué decis?... ¡que vuestro sacrificio era para pedir por ese feliz mortal?... Sí, respondió Raquel mirándole; sí, era por mi libertador, pues yo creía que su vida estaba en peligro, y tambien.... Pero estaba alucinada. Despues he sabido que vivia, que era feliz, y que habia olvidado sus riesgos con tanta facilidad como los beneficios que habia hecho.

Neftalí se levanta precipitadamente á estas palabras. Padre mio, dice á Abdias, continuemos nuestro camino, que mi hermano nos espera.

FIN DEL SEGUNDO CANTO.